

La habitud modela en el hombre una serie de actitudes y movimientos que se intercalan en los procesos de conducta. La mediación de la habitud es indispensable al querer. La habitud asegura el paso desde lo mecánico a lo intencional. Moviliza el cuerpo, haciéndolo instrumento dócil de la voluntad. La habitud da frescura y brío a la acción, cultivando en el sujeto una riqueza de invención y un talento improvisador sorprendente. La voluntad abre crédito a la habitud para ejecutar sus decisiones, y después le delega, de algún modo, su facultad de crear. Todos los proyectos que la habitud forma implican la conciencia de ese poder almacenado en la naturaleza y siempre disponible.

Con el desarrollo de la actividad habitual, esta aptitud especial del sujeto puede ser empleada a fines antes impensados. Una habitud tiende siempre a sobrepasarse, a irradiarse en el organismo entero, alcanzando así a constituirse como esquema motor general, como intención, como método.

Pero esta mutación no es irreversible. Una habitud puede también degradarse en puro mecanicismo, en pura imitación, en corrupción cuyo germen ha sido siempre una alienación de la libertad, mediante una debilitación de la voluntad y rigidez del querer. Pero la habitud no es una amenaza para la libertad, antes bien, es la libertad quien despreocupándose de una habitud contraída la condena a convertirse en rutina tras la tentación de la facilidad.

Si el hombre se escoge a sí mismo en la libertad, se perfecciona en la habitud. Recíprocamente, la libertad se refleja en la habitud por ella transfigurada, y desde entonces no es ya riqueza adquirida, sino poder de enriquecerse indefinidamente y, por decirlo así, conducta abierta.—A. S.

LEHRER (Keith): *Can We Know We Have Free Will by Introspection?*, en «The Journal of Philosophy», LVII, 3 (1960), págs. 145-157.

Ciertos datos introspectivos proveen de una evidencia adecuada a la creencia de que el hombre tiene libre albedrío.

Cuando deliberamos si haremos o no alguna acción futura, ¿podemos estar

convencidos de que su realización está en nuestro poder? La afirmación se impone.

Este género de convicciones debilita enormemente las pretensiones del determinismo moral.

Todo el problema consistiría en examinar el acierto de la evidencia que tiene quien se plantea una posibilidad dual de conducta, de la cual sólo podrá realizar uno de sus extremos, pero estando en su elección escoger cuál de ellos.

Toda la gravedad procede de que esté realmente en nuestro poder realizar, no solamente el que comprobemos haber hecho, sino el que hubiéramos podido también escoger en su lugar pero no hemos escogido.

El autor afirma que en todo caso, para considerar que el hombre tiene libre albedrío, no es necesario comprobar la posibilidad de la conducta no elegida, ya que por haber realizado la escogida efectivamente no se puede tampoco probar que el hombre no posea el libre albedrío que se discute.

Lo importante es que la deliberación previa a la elección indica en sí misma la evidencia de que la elección puede referirse tanto a una como a otra de las acciones alternativas.

Tal argumento de introspección significa que el hecho de deliberar sobre nuestras acciones futuras proporciona una evidencia adecuada para poder mantenerse en la creencia de que tales acciones están realmente en nuestro poder. Sin que ello demuestre, a su vez, que la tesis determinista sea falsa, puesto que tal género de evidencia no entra en aquellos motivos que pudieran determinar por su parte la elección, puesto que el tener libre albedrío no afirma ni niega que las acciones humanas no tengan alguna razón para concretarse tal como realmente suceden.—A. S.

MCKENNA (Joseph C.): *Ethics and War: a catholic view*, en «The American Political Science Review», LIV, 3 (1960), págs. 647-658.

Las nada pacíficas condiciones de la historia moderna hacen actual el tema de la licitud ética de la guerra.

El método escolástico procede a ello examinando los elementos que la harán